

**Winston Churchill:
La vanguardia conservadora
en Europa**

IDEAS



XXVI

Por J. M. Sayago, J. A. Palomino, Z. Valdés, P. F. Barbadillo y R. Herrero

ÍNDICE

EL JOVEN WINSTON CHURCHILL: ORATORIA Y VOCACIÓN AL SERVICIO DEL IMPERIO	5
Juan Manuel Sayago Guzmán	
CHURCHILL EN CUBA: LA FORJA DE UNA VISIÓN IMPERIAL	9
Jorge Álvarez Palomino	
CHURCHILL EN LA HISPANIDAD	15
Zoé Valdés	
CHURCHILL: GANAR LA GUERRA Y PERDER EL IMPERIO	21
Pedro Fernández Barbadillo	
CHURCHILL: SANGRE, ESFUERZO, LÁGRIMAS Y SUDOR	25
Rubén Herrero de Castro	



EL JOVEN WINSTON CHURCHILL: ORATORIA Y VOCACIÓN AL SERVICIO DEL IMPERIO

Juan Manuel Sayago Guzmán

Winston Leonard Spencer-Churchill nació la madrugada del 30 de noviembre de 1874 en el palacio de Blenheim, situado en la localidad campestre de Woodstock en Oxfordshire. Su carrera militar y política podría valorarse como la de otros grandes nombres de su tiempo, como Harry S. Truman o Charles de Gaulle, repleta de acciones de suma brillantez y de otras reprobables y controvertidas. Pero, el que fuera el primer ministro británico durante la Segunda Guerra Mundial dejó un legado que le ha situado como una de las figuras políticas más relevantes e influyentes del siglo XX. Fue un estadista elocuente y expresivo, un orador contundente, belicoso y embelesador, con un sentido del humor único, y clave para guiar a su país en las horas más oscuras y bajas, incitando a los británicos a resistir, luchar y vencer.

Durante su adolescencia, mientras se formaba en la Escuela de Harrow, tuvo un largo historial de dolencias. Pero el acontecimiento que marcó su vida sucedió en enero de 1893. Entonces, con dieciocho años, tuvo un accidente mientras jugaba con sus primos en la finca de estos en Wimborne. Allí, saltó de un puente peatonal, cayendo desde una altura de nueve metros, lo que le causó una conmoción cerebral, la rotura de una vértebra torácica, una fractura renal y que tuviera que guardar reposo durante tres meses para recuperarse.

Ese episodio no fue importante por el largo periodo de recuperación, sino porque, aprovechando esos momentos de convalecencia visitó por primera vez el parlamento. Allí escuchó discursos y pudo conocer en persona a algunas de las figuras más notorias de la política británica de finales del XIX: Arthur Balfour, Joseph Chamberlain, lord Rosebery, Herbert Asquith y John Morley. Fue en ese momento cuando despertó la conciencia de servicio público de uno de los políticos liberal-conservadores más importantes del siglo XX: «En esos días, la política me parecía una actividad de importancia y brillo extraordinarios».

Sin embargo, el ejercicio de la política debía esperar, pues el joven Winston tenía claro que primero había de servir a la patria. Así, en junio de 1893 realizó el examen para entrar en la prestigiosa institución de la Real Academia Militar de Sandhurst y unirse al cuerpo de caballería. Pero esa conciencia política seguía viva en Churchill, tal y como demostró en el primer discurso que dio.

Lo hizo cuando sus compañeros de academia y él boicotearon un acto de una campaña en pro de la pureza social y que abogaba por separar a hombres y mujeres en el teatro Empire de la plaza Leicester mediante biombo. Churchill y sus amigos entraron en el teatro, echaron abajo las empalizadas de madera y marcharon triunfales. No queda constancia documental de su arenga, pero si se sabe que la prologó con un «¡Damas del imperio, vengo en defensa de la libertad!». Sin duda, una de las formas más improbables de inaugurar la carrera discursiva del que fue uno de los mejores oradores de su época.

En diciembre de 1894 se licenció en Sandhurst sin destacar en sobremañera. Quedó el 28 de los 130 cadetes que se licenciaron, pero obtuvo el segundo puesto en la competición ecuestre. También sucedió en aquellos meses otro de los acontecimientos que marcaría su vida: la muerte de lord Randolph Churchill, su padre. Con él se imaginaba compartiendo bancada en la política, luchando por guiar a su país hacia el mejor de los destinos y

eso le sumió en una gran tristeza: «Todos los sueños de camaradería que había concebido junto a él, de acceder al parlamento y trabajar a su lado, procurándole apoyo, se habían esfumado. Lo único que podía hacer era perseverar en sus objetivos y reivindicar su memoria».

Pero lo que dejó en Churchill una grave herida también encaja en los azares del destino. Su padre falleció siendo miembro del parlamento y, de haber continuado seis meses más en política, es posible que le hubieran concedido un título nobiliario, el cual pasaría después a su primogénito. De esa forma, Churchill no habría podido formar parte de la Cámara de los Comunes y se habrían reducido sus posibilidades de que fuera nombrado primer ministro en 1940, cuando el Imperio Británico estaba ya inmerso en la Segunda Guerra Mundial.

Su padre había sido su principal inspiración para adquirir conciencia política. De hecho, su influencia en él fue enorme, pues durante su carrera política imitó sus pausas retóricas y su característica pose a la hora de dar discursos, apoyando la palma de la mano, girada, sobre la cadera, lo cual era una emulación de la que adoptaba lord Randolph. Incluso llegó a ostentar el cargo de canciller de la Hacienda del Reino Unido entre 1924 y 1929, tal y como había hecho antes su padre. Tal y como señala su biógrafo Andrew Roberts, Winston Churchill siempre pensó que la tarea de su vida consistiría, al igual que había hecho su padre, en promover tanto las ideas de Disraeli como la Democracia Conservadora, en la defensa del *Imperium et Libertas*.

La admiración a su padre y sus ideas, de un conservador leal, marcaron el semblante político de lo que luego fue la carrera de Churchill, también la de un conservador entregado, tal y como él mismo afirmó: «no veía ninguna razón que impidiera conciliar los antiguos y gloriosos conceptos de la Iglesia y el Estado, del rey y la nación, con los fundamentos de la democracia moderna; como tampoco entiendo que las masas trabajadoras no puedan convertirse en los principales defensores de esas antiguas instituciones, ya que gracias a ellas se han logrado materializar las libertades y el progreso de que hoy disfrutan».

Este periodo de su vida, menos tratado que su etapa como ministro del Interior, canciller de la Hacienda o como líder del Partido Conservador y primer ministro, marcaron de forma definitiva la construcción de la personalidad de Churchill. Desde entonces, él tuvo la convicción de que los grandes hombres tienen la facultad de cambiar la historia mediante la realización de hazañas notables. Su espíritu patriótico y la gran veneración

que le inspiraba la historia de Gran Bretaña le llevaron a vivir en primera persona lo que era la guerra: en Cuba como observador de los combates entre españoles e independentistas; en la India con los húsares; en Sudán con el general Kitchener.

Toda esta experiencia sería fundamental y explicaría cómo logró hitos de la talla de guiar a Gran Bretaña hacia la victoria en la Segunda Guerra Mundial. De cómo se embarcó con determinación y sangre fría en la aventura de convertirse primero en un brillante político y después en un hombre de excepción. Incluso de cómo en los tiempos más oscuros de Europa, cuando la libertad y la democracia se tambaleaban y estaban en entredicho, se mantuvo incólume ante la tempestad del totalitarismo, tal y como dijo en su famoso discurso de junio de 1940, henchido de patriotismo: «Combatiremos en los mares y los océanos, combatiremos cada vez con mayor confianza y fuerza en el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio; combatiremos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles; combatiremos en las montañas; no nos rendiremos jamás».

También de su labor en la conformación de la Europa de la posguerra y de la continuación de la defensa de sus ideas, advirtiendo el peligro que advendría con el comunismo soviético y el modelo que pretendía expandir: «En el continente europeo, todavía tenemos que asegurarnos de que durante los meses posteriores a nuestro triunfo no se pasen por alto los objetivos sencillos y honorables que nos impulsaron a entrar en la guerra y que las palabras libertad, democracia y liberación no pierdan el verdadero significado que les damos. No serviría de nada castigar a los hitlerianos por sus crímenes si no imperaran el derecho y la justicia».



CHURCHILL EN CUBA: LA FORJA DE UNA VISIÓN IMPERIAL

Jorge Álvarez Palomino

Winston Churchill fue un hombre entre dos mundos. Ha pasado a la Historia como una figura triunfante por su victorioso pulso contra Hitler durante la Segunda Guerra Mundial, pero a menudo se olvida que en su dilatada carrera política fue también testigo y protagonista de la desaparición del Imperio británico, al que dedicó su vida, pero que no pudo salvar. Durante su segundo mandato como primer ministro, entre 1951 y 1955, Churchill luchó tozudamente por evitar la descolonización de un imperio que se desmoronaba. Se opuso a la concesión de independencia a la India, orquestó un golpe de estado en Irán para hacer caer al gobierno nacionalista de Mosaddegh e intentó aplastar los movimientos insurgentes como la Emergencia Malaya en Malasia o la rebelión Mau Mau en Kenia. Estos esfuerzos fueron vistos con rechazo por sus antiguos aliados estadounidenses y soviéticos, que consideraban que el Imperio británico, como todos los imperios europeos, era un resto del pasado que no tenía cabida en el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial.

El imperialismo acérrimo de Churchill, ya entonces y mucho más ahora, le ha convertido en blanco de numerosas críticas. Incluso en Reino Unido, donde durante mucho tiempo tuvo estatus de héroe a la altura de Nelson o Wellington, es hoy una figura polémica y duramente atacada por la izquierda progresista. En junio de 2020, durante las protestas por la muerte de George Floyd, la estatua de Churchill frente al Parlamento de Londres tuvo que ser ocultada bajo unas mamparas metálicas para evitar que engrosase la lista de monumentos derribados.

Para comprender la visión imperial de Churchill, hay que entender que en el fondo él mismo, como el Imperio británico, fue el último producto de una era pasada. Richard Toye, en su libro *Churchill's Empire*, señala que el elitista origen y formación de Churchill es fundamental para entender su pensamiento. No en vano, nació en 1874, en pleno reinado de la reina Victoria, en un momento en el que Gran Bretaña era la mayor potencia mundial y dominaba un imperio que se extendía por casi un cuarto del planeta. Vino al mundo en el majestuoso Palacio de Blenheim, construido para su ilustre antepasado John Churchill, primer duque de Marlborough, el gran héroe militar inglés del siglo XVIII. Su padre, Lord Randolph Churchill, fue un influyente político conservador, y su madre, Jennie Jerome, era hija de Leonard Jerome, un prominente especulador de bolsa de Nueva York. Este linaje aristocrático y transatlántico lo colocó en una posición única para comprender las dinámicas de poder de su época.

Siguiendo los deseos de su padre, al terminar los estudios en la prestigiosa escuela Harrow, el joven Winston entró en la Academia Militar de Sandhurst, donde se formó como oficial de caballería. En 1895, con 21 años, se unió al 4th Queen's Own Hussars, un regimiento que acogía a los hijos de las más aristocráticas familias británicas. En ese mismo año tendría su primer contacto real con la realidad imperial, pero curiosamente no en una de las muchas posesiones del Imperio británico, sino en la Cuba española.

El viaje de Churchill a Cuba es un episodio relativamente desconocido de su biografía, pese a que supuso su primera experiencia bélica y también su inauguración como periodista. El joven oficial, concluidos sus estudios militares, estaba deseoso de darse a conocer y empezar a lanzar su carrera política. Para ello, concibió la idea de aprovechar un periodo vacacional a finales de 1895 para ir como observador militar a algún conflicto donde obtener notoriedad. En ese momento, el que más atraía la atención del público británico era la guerra que se estaba librando en Cuba entre las tropas españolas y los independentistas mambises, que había estallado en febrero de 1895 con el Grito de Baire de José Martí.

Gracias a sus contactos, Churchill consiguió permiso del Ejército británico para poder viajar a la isla como observador neutral junto a su amigo el teniente Reginald Barnes. Aunque el viaje era un empeño personal de Churchill, sus superiores aprovecharon para que recopilase información de utilidad militar, especialmente sobre el uso del moderno fúsil Mauser 1893 alemán que llevaban las tropas españolas. Para conseguir unos ingresos extra con los que pagar las deudas de su aristocrático tren de vida, el joven oficial también se comprometió a escribir una serie de artículos como corresponsal de guerra para el periódico *Daily Graphic*.

El viaje estaba acompañado de polémica por la delicada situación internacional. Gran Bretaña se había declarado neutral en el conflicto, pero la opinión pública estaba mayoritariamente inclinada en favor de los independentistas. La visión de España seguía muy influida por la Leyenda Negra y se consideraba que los mambises estaban luchando por su libertad contra un Gobierno español cruel e incompetente. La presencia en el conflicto de un oficial británico de familia tan célebre como la de Churchill podía ser vista como un respaldo tácito a uno de los bandos.

El Gobierno español entendió esto y facilitó todos los medios posibles para que Churchill pudiese realizar el viaje, confiando en que su presencia en las filas españolas podría ser un triunfo propagandístico. Gracias a las gestiones del embajador inglés en Madrid, Henry Drummond Wolff, consiguió cartas de recomendación del ministro de Exteriores, Carlos O'Donnell, duque de Tetuán, y Manuel Azcárraga, ministro del Ejército. Estas misivas estaban dirigidas al general Arsenio Martínez Campos, quien lideraba las tropas españolas en Cuba. Churchill y Barnes llegaron a la Habana, tras una escala en Estados Unidos, en noviembre de 1895, y encontraron una cálida recepción por parte de las autoridades españolas.

El contacto con los españoles ayudó a Churchill a formar su mentalidad imperial, al poder comparar la realidad de un Imperio español en fase terminal con la del Imperio británico, por entonces en apogeo. Hasta ese momento, Churchill tenía muy poco conocimiento del conflicto cubano y su simpatía se inclinaba vagamente, como era común en Gran Bretaña, hacia los rebeldes. Pero el trato con los oficiales españoles cambió su opinión. Como relata en sus memorias, en una conversación con el teniente coronel Benzo, jefe del Estado Mayor de Martínez Campos, entendió que los militares españoles veían la guerra en Cuba como una lucha por «preservar la integridad de nuestro país». Acostumbrado a la visión antiespañola del conflicto, Churchill no se había parado a considerar que, para España, Cuba no era un territorio dominado sino

una parte integral de la nación. Comprendió, en sus palabras, que «estas otras naciones tienen los mismos sentimientos por sus posesiones que nosotros en Inglaterra hemos tenido siempre por las nuestras» y, haciendo un símil con uno de los grandes debates del momento en su país, anotó que los españoles «se sentían por Cuba, aparentemente, igual que nosotros hacia Irlanda»¹.

Al identificar al maltrecho Imperio español con el suyo propio, Churchill empatizó automáticamente con los españoles y durante las siguientes semanas dio una visión muy favorable de los mismos. Se incorporó a las columnas españolas que intentaban dar caza a las guerrillas mambises y admiró las capacidades de los soldados españoles, de los que escribió: «Los soldados españoles son valientes y sufridores, y su disciplina es en algunos casos excelente. La infantería exhibe una extraordinaria capacidad de marcha, y es capaz de realizar las más arduas y duras marchas a través de densos bosques o bajo el ardiente sol sin fatiga aparente y con muy buen humor»².

Incorporado a la columna del general Suárez Valdés, Churchill recibió su bautismo de fuego el 2 de diciembre, cuando estaba acampado con las tropas españolas en Arroyo Blanco. La columna fue atacada por los rebeldes de Máximo Gómez y Antonio Maceo y se desató una escaramuza en la que el británico tuvo una participación peculiar, según su relato: «Al acampar por la tarde, fui con algunos otros al río a nadar. Mientras nos bañábamos, los cubanos aparecieron a unas doscientas yardas de nosotros, cargando a la carrera, y comenzaron a dispararnos. Cogimos nuestra ropa y huimos al campamento, donde los españoles organizaron la resistencia y contuvieron a los insurgentes hasta que llegaron nuestros refuerzos. Más tarde de ese mismo día, los cubanos volvieron a abrir fuego nutrido contra nosotros. Yo estaba refugiado en una cabaña cuando varias balas entraron por las paredes y el techo. Todavía guardo una como recuerdo»³. Al día siguiente, Suárez Valdés desplegó a su columna y atacó la posición de los insurgentes en la finca La Reforma, obligándolos a retirarse. Poco después, Churchill volvió a La Habana y abandonó la isla el 14 de diciembre.

1 David SARIAS RODRÍGUEZ, «Una forma extraordinaria de proceder»: Winston Churchill, Cuba y el ocaso de una era (1895)», *Aportes, Revista de Historia Contemporánea*, 101 (3/2019), p. 124.

2 «Entrevista al teniente Churchill», *Leicester Chronicle* (28 de diciembre de 1895).

3 «Mr. W. Churchill disparado en Cuba mientras se daba un baño», *Lancashire Evening Post* (9 de diciembre de 1895).

El joven teniente aprovechó su breve experiencia cubana para conceder varias entrevistas a medios británicos y estadounidenses. Contra la opinión mayoritaria, defendió que los insurgentes cubanos no estaban preparados para la independencia y que la isla caería en el caos si España se retiraba. Churchill, con una visión racial típicamente victoriana, consideraba que la alta proporción de población negra y mulata en Cuba no podría gobernarse a sí misma emancipada de un poder imperial⁴. Aunque alabó a las tropas españolas, en su opinión el tipo de guerra de guerrillas al que se enfrentaban hacía imposible que España pudiese conseguir una victoria definitiva. Denunció además el enorme apoyo que Estados Unidos daba a los rebeldes, afirmando incluso que entre los insurgentes se hablaba más inglés que español. Preguntado sobre las posibilidades de triunfo de España, señaló «no creo que haya ningún país que pudiese suprimir esta revolución, exceptuando Inglaterra»⁵. Él mismo tendría ocasión de poner a prueba esta patriótica afirmación unos años después, cuando el Imperio británico se tuvo que enfrentar a una resistencia similar en la Guerra de los Bóeres, en la que participó y cayó prisionero. Los ingleses sí consiguieron imponerse en aquel conflicto, pero solo a costa de imponer draconianas medidas mucho más duras que las que la prensa británica había achacado a los españoles en Cuba.

La breve estancia de Churchill en Cuba ayudó a perfilar su visión imperial. Poco después, la intervención estadounidense en 1898 expulsó definitivamente a los españoles de la isla. Lo que no podía imaginar era que él, testigo en su juventud del colapso del centenario Imperio español, viviría para contemplar impotente en su vejez cómo la misma suerte aguardaba al Imperio británico.

4 “La insurrección cuabana”, *Daily Graphic* (13 de enero de 1896).

5 *Western Evening Herald* (10 de diciembre de 1895).



CHURCHILL EN LA HISPANIDAD

Zoé Valdés

Desde la clara intensidad de unos límpidos ojos azules en un rostro joven de piel rosada casi transparente, el joven Winston Churchill vestido con su uniforme de húsar del 4.º regimiento, en el año 1895, me observa. He intentado en varias ocasiones penetrar en su misterio mediante la lectura, el joven Churchill consigue turbarme; su belleza provenía en buena medida de su inteligencia. Lo apuesto de su figura con los años se transformó en intelecto, el intelecto en ideas y palabras, y la experiencia de la vida en una espalda encorvada y en ese «perro negro» de la bipolaridad que padecía.

No hace mucho vi un documental donde dejaban claro desde las citas iniciales que Winston Churchill había publicado seis millones de palabras, más que Shakespeare y Dickens juntos, pronunció más de cinco millones de palabras en discursos, siendo una de las figuras más consideradas e influyentes de la Segunda Guerra Mundial. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1953 a consecuencia de la relevancia e inmensidad del conjunto su obra escrita, como es natural, y a la notoriedad de su pensamiento, que además brilló en su oratoria.

De mis personajes históricos predilectos está, como a estas alturas habrán comprendido, Winston Churchill, el hombre que supo mudar del liberalismo al conservadurismo mediante la mera pericia y honestidad política. Un gran sentido de la hispanidad en él me lo aproxima mucho más, de ahí que lo haya estudiado desde sus años mozos a los míos y que me haya interesado por sus biografías, especialmente por su libro *Mis años jóvenes*, en donde cuenta su estancia en Cuba.

En aquel momento, el joven húsar envidiaba a los grandes oficiales que hicieron gesta histórica con sus casacas cargadas de medallas. Él mismo cuenta que el año militar estaba dividido en una temporada de siete meses consagrada al entrenamiento y en una de invierno de cinco meses de reposo, cada oficial contaba con un permiso ininterrumpido de dos meses y medio. «Como había dispensado todo mi dinero en *poneys* de polo y que no tenía los medios para ir de cacería, puse el dedo al albur en un sitio de un mapamundi donde yo podría encontrar la aventura. En un solo punto del mundo la paz en la cual la humanidad se había dormido, se había roto...». Ese sitio era Cuba, donde los españoles y rebeldes cubanos habían entrado en una fase más aguda, en una reyerta caldeada durante años que terminó en guerra. Hizo todo lo indecible para que lo asignaran a ese viaje a Cuba, fue destinado como observador militar y periodista.

El joven Winston admiraba al más grande oficial español, el general Arsenio Martínez-Campos Antón, quien había vencido a los moros en España, además por sus llamados *pronunciamientos* y actitudes, por lo que había sido enviado a la isla; el refuerzo de veinte mil soldados españoles que habían sido también ubicados junto al mariscal profetizaba el fin de la revuelta, de ahí que Churchill simpatizara con los españoles que defendían entonces una de sus provincias de ultramar en contra de los revoltosos, denominados también desde entonces guerrilleros. Me lo imagino diciéndose que iba a ser para él una experiencia extraordinaria oír las balas silbar cerca de sus oídos y, así fue. Me lo imagino porque lo leí escrito por su pluma guiada por un temperamento rebelde, en desacuerdo con lo que otros consideraban

imprescindible, que le hizo voltear su mirada hacia Cuba, pero en el conflicto del lado español.

En un artículo publicado hace más de una década por *ABC Cultural*, Guillermo D. Olmo afirma que esa visión de Churchill sobre la sociedad de la guerra, y por otra parte del orgullo español -lo que ponía en relevancia-, fue lo que dictó en buena medida, además de su conocimiento de la historia, su preferencia por España. Estoy de acuerdo.

De modo que, pese a su amor por el tabaco, que inclusive cuando los cubanos lo supieron le dedicaron con vehemencia isleña la fabricación de los conocidos puros habanos llamados «Winston Churchill», léase el libro *Puro Humo* de Guillermo Cabrera Infante, y por el postre que descubrió en Arroyo Blanco, el día en que cumplió sus 21 años, la mayoría de edad, el *pan con timba*, el pan con guayaba y queso blanco, así como el *runcontelle*, que no era otra cosa que el *rhum cocktail*, como se puede apreciar en el capítulo dedicado a Cuba en *Mis años jóvenes*, Churchill siempre sintió un *perchant* por esa isla española más que por una independiente isla a la deriva, que para él de todos modos era española, como para algunos hacendados criollos de la época.

Churchill observó con atención de estudioso a España porque se sentía atraído por su ubicación geopolítica y por su historia, además de que le importaba mucho «lo que ocurría al sur de los Pirineos» a nivel político. No había llegado a Downing Street y se preocupaba por la Segunda República, dudaba del régimen republicano, sospechaba que fuese una democracia liberal. Lo que le contaban españoles a los que tenía en estima le hacían vacilar y dudar, temía que el comunismo se apropiara definitivamente del país debido a la presencia comunista y leninista.

Una vez instalado en Downing Street como primer ministro tras el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, no podía permitir que quien dirigía España, Francisco Franco, «entrara en el bando del eje», tal como escribe D. Olmo, Churchill anhelaba una España neutral, con la intención de no perder el control británico sobre Gibraltar. «La actitud de España era mucho más importante para nosotros que la de Vichy. Nosotros habíamos sido neutrales en la sangrienta Guerra Civil española. El general Franco no nos debía nada, pero sí mucho a las potencias del Eje, pues Hitler y Mussolini habían acudido en su ayuda». La preocupación británica era más que lógica. El premier sabía que «España tenía en su mano la llave de todas las empresas británicas en el Mediterráneo». Franco supo estar a la altura y mantuvo la neutralidad tan necesaria y deseada por los británicos.

En el libro *Churchill y Franco: La política británica de apaciguamiento y la supervivencia del régimen, 1940-1945*, Richard Wigg escribe: «A ello contribuyó, entre otros factores, el marcado antirrepublicanismo y anticomunismo de Churchill, y la situación geoestratégica de España, verdadera puerta de acceso al continente africano. Franco y el franquismo en cualquiera de sus aspectos históricos, despierta interés». Todavía lo hace en el 50 aniversario de la muerte de Franco.

No podemos olvidar, tal como destacó hace poco *El Debate*, en las frases más referenciales del *León británico* acerca de España cuando, en septiembre de 1936, al verse obligado a recibir y enfrentar al nuevo embajador del Gobierno republicano español, Pablo de Azcárate, Churchill se negó a estrecharle la mano, mientras pronunció una frase que ha quedado grabada en la memoria: «*Blood, blood, blood*» -«Sangre, sangre, sangre»-. Azcárate iba nada más y nada menos con la misión de que Churchill se involucrase en la Guerra Civil, y también manchara sus manos de sangre en favor de los republicanos.

En el mismo artículo, Gonzalo Jiménez Tapia comenta un fragmento de las memorias de Churchill donde éste argumenta lo siguiente sobre cómo empezó la Guerra Civil Española: «Los comunistas que llegaron al poder emprendieron masacres masivas, a sangre fría, de sus adversarios políticos y de los adinerados, devueltas con creces por las fuerzas franquistas».

Churchill se consideraba un hispanista por amor. Ese amor comenzó en Cuba, a la edad de 21 años, y confesaba que la había querido mucho. «La he querido mucho», declaró sobre España. Pero como político y como negociador, también expresaba que, pese a ese amor, le había provocado a España todo el daño que había estado a su alcance, añadía: «Los negocios son los negocios». Delante de él no permitía ofensas a España, pues consideraba que se mantuvo muy digna y «rindió entonces un servicio no sólo al Reino Unido, al Imperio británico y a la Commonwealth, sino a la causa de las Naciones Unidas. Por ello no simpatizo con quienes creen inteligente, e incluso gracioso, insultar y ofender al Gobierno de España en cualquier ocasión». Cito de nuevo el artículo de *El Debate*.

Desde la foto en la portada del libro *Mis años jóvenes* pareciera que Winston Churchill me cuenta de su bautismo de fuego en mi isla, también suya por unos días, aquel 30 de noviembre, día de su cumpleaños, cuando oyó las balas silbar a ras de su cráneo, y vio caer al caballo que bebía cercano en un arroyuelo atravesado en el vientre por la bala de un mambí. Puedo verlo devorar aquellas alitas de pollo que le sirvieron para comer

en la noche, también oír sus pasos aplastando la maleza. «Comprendí que esta gente tenía las mismas ideas a propósito de Cuba que nosotros a propósito de Irlanda», escribió de los soldados españoles. Es entonces cuando no puedo olvidar que mi bisabuelo materno irlandés, nacido en Dublín, padre de mi abuela materna, y mi bisabuelo materno chino, padre de mi abuelo de origen chino, quizás también combatían esa misma noche por Cuba frente al gran Winston Churchill.



CHURCHILL: GANAR LA GUERRA Y PERDER EL IMPERIO

Pedro Fernández Barbadillo

Pocos son los hombres llamados a la gloria. A un puñado de éstos, el destino les llama en plena juventud, como a Alejandro Magno, que a los 30 años había conquistado Persia y Egipto. A la mayoría, esa elevación les llega cuando son adultos y hasta ancianos, como a Konrad Adenauer, que fue nombrado canciller de Alemania con 73 años. Winston Churchill cumplió su sueño de ser primer ministro con 65 años y, además, en unas circunstancias de derrumbe de ese imperio que él amaba.

Churchill, nacido en 1874, parecía un personaje de novela popular, ya que representaba las nuevas élites británicas renovadas con la sangre y el dinero americanos: su padre, un lord, era descendiente del primer duque de Marlborough -el *Mambrú* español-, su abuelo fue virrey de Irlanda, y su madre, Jeanette Jerome, una rica y elegante ciudadana de Estados Unidos.

Para sus compatriotas representaba el imperialismo y la antigua sociedad; y por su larga lista de fracasos, primero como jefe de la Armada en la Gran Guerra (desembarco en Galípoli), el apoyo al bando blanco en la guerra civil rusa y, luego como ministro de Hacienda entre 1924 y 1929, cargo en el que se empeñó en regresar al patrón-oro y desencadenó una recesión. Aunque mantuvo su escaño en la Cámara de los Comunes, quedó postergado, como si ya se acercase al retiro.

A medida que en Alemania se hacía con el poder Adolf Hitler y dismantelaba el tratado de Versalles, Churchill intuyó que se acercaba una nueva guerra. Por ello, sorprendió al embajador de Stalin en Londres, Iván Maiski, al pedirle una cita, en marzo de 1938, poco después de la anexión de la mutilada Austria al III Reich, y revelarle lo siguiente: «Detesto profundamente a la Alemania nazi. Creo que es un enemigo no solo de la paz y de la democracia, sino también del Imperio británico. (...) Necesitamos desesperadamente una Rusia fuerte como contrapeso a Alemania y a Japón».

UN FRACASO QUE LE ELEVA

En cuanto Londres declaró la guerra a Alemania, el 3 de septiembre de 1939, el primer ministro, el conservador Neville Chamberlain, le nombró para el mismo cargo que había desempeñado a principios de siglo a las órdenes de otro primer ministro, el liberal H. H. Asquith.

En condición de tal, Churchill encabezó una de las grandes derrotas británicas en la Segunda Guerra Mundial. Convenció al Gobierno para que autorizase el minado de las aguas del país escandinavo, de manera que los barcos que llevaban suministros a Alemania no pudiesen navegarlas. Semejante violación del derecho internacional, más otros actos hostiles, decidieron a Berlín lanzar una campaña de conquista de Noruega y, también, de Dinamarca, paso obligado. La *Operación Weserübung* comenzó el 9 de abril y constituyó otra victoria alemana, que no sólo derrotó a las Fuerzas Armadas de Noruega, sino también a las tropas y buques británicos, franceses y polacos. La víspera, Chamberlain había afirmado jactancioso que «Hitler había perdido el tren».

El desastre causó enorme descontento en la oposición y en el Partido Conservador. En la Cámara de los Comunes comenzó el 7 de mayo el «*debate sobre Noruega*». Los laboristas y liberales reprocharon a Chamberlain su pésima dirección. Entonces no se admitía que el Gobierno acallase las críticas con invocaciones a la unidad frente al enemigo.

Los laboristas, cuyo jefe era Clement Attlee, y el liberal David Lloyd George, que había sido primer ministro entre 1916 y 1922, arremetieron contra Chamberlain. Un grupo de conservadores mostró su descontento, primero por boca por Leo Amery y después en la votación de una moción de confianza. El día 9 se votó la moción de confianza del Gobierno. Aunque éste la superó, perdió el apoyo de más de un centenar de diputados: cuarenta y uno votaron en contra y más de sesenta se abstuvieron.

Ante semejante crisis, la alternativa era alguien que pudiera formar un Gobierno de coalición con laboristas y liberales y resistir a la avalancha alemana. El nombre que sonaba como sucesor de Chamberlain era el de Edward Wood, lord Halifax, ministro de Asuntos Exteriores, un hombre con mejor carrera política (fue cinco años virrey de la India) y menos chascos que Churchill. Estos tres políticos se reunieron para discutir la situación. También hablaron con los socialistas Attlee y Arthur Greenwood.

Churchill estaba mejor visto por los liberales y laboristas, debido a su patriotismo y su odio a Alemania. La desconfianza de los conservadores respecto al voluble Winston (había dejado el Partido Conservador en 1904 para unirse a los liberales hasta 1924, cuando regresó al primero) era uno de sus mejores puntos para la oposición. Por otro lado, Halifax era partidario de un acuerdo con Alemania, como expuso unas semanas más tarde.

El 10, con la máquina de guerra nacionalsocialista barriendo a los aliados, Chamberlain visitó al rey Jorge VI para presentarle su dimisión y le propuso que nombrase a Churchill. En su primer discurso, después de que el rey le ofreciera encabezar el Gobierno el 13 de mayo, Churchill dejó clara su política al decir que solo podía ofrecer «sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor». Por una vez, el desastre que Churchill causaba, le beneficiaba.

POR QUÉ EL PUEBLO LE DESPIDIÓ

Contra la «*leyenda rosa*» creada en la posguerra, la política británica no estuvo unida en torno al liderazgo de Churchill. La caída de Singapur en poder de Japón, en febrero de 1942, fue su peor momento, con agrias

protestas en el Parlamento y el Gobierno. Hasta que la guerra empezó a girar contra el Eje en 1943, no tuvo el sillón seguro.

Muchos de los nuevos estudios sobre su figura se centran en su lado más oscuro, hasta ahora omitido: su responsabilidad en la hambruna de Bengala, que causó varios millones de muertos; su oferta a Stalin para repartirse los países de los Balcanes (la «*conferencia de los porcentajes*»); los bombardeos sobre civiles; el abandono de Polonia, por cuya libertad comenzó la guerra.

Cuando Alemania capituló, Churchill tenía un lugar asegurado en la historia como vencedor de Hitler. Sin embargo, sus compatriotas le despidieron del cargo. En las elecciones del 5 de julio, diez años después de las anteriores, celebradas en 1935, los conservadores perdieron la mitad de sus escaños y los laboristas ganaron su primera mayoría absoluta. Así me explicó este vuelco el historiador británico Antony Beevor en una entrevista que le hice:

«Stalin no pudo entender cómo había sucedido eso, le convenció de que la democracia era algo equivocado. La verdadera razón era que Churchill era un dirigente brillante para los tiempos de guerra, al menos para los momentos clave. Pero no era un buen líder para la paz, porque estaba demasiado arraigado en el pasado y no podía entender el radical cambio social que la gente deseaba después de los años 30. Recuerdo que el maestro de mi colegio me dijo que al final de la guerra le preguntó a uno de sus sargentos a quién iba a votar en las elecciones; el sargento le contestó que iba a votar a los socialistas, porque estaba harto de recibir órdenes de los malditos oficiales. La guerra es un acelerador de los cambios sociales tan potente cómo la tecnología.»

El Reino Unido derrotó a la Alemania nacionalsocialista y al Japón imperialista, ¡pero a qué precio! El país quedó en bancarrota y tan agotado que le fue imposible mantener su estatus de gran potencia. A Churchill le tocó asistir al comienzo del fin del imperio desde su escaño de líder de la oposición. En febrero de 1947, Attlee anunció que Gran Bretaña cedía el mandato de Palestina a la ONU y que concedería la independencia al virreinato de la India.

Churchill volvería a ser primer ministro en 1951, con 77 años. El *viejo león* renunció al cargo en 1955 y así no tuvo que asistir al Waterloo británico que fue el fracaso de la campaña de Suez y la independencia de Sudán. En 1964 se retiró de la Cámara de los Comunes y falleció en enero de 1965.



CHURCHILL: SANGRE, ESFUERZO, LÁGRIMAS Y SUDOR

Rubén Herrero de Castro

«Nunca llegarás al final de tu viaje, si te detienes a tirar piedras a todos los perros que te ladran» (Winston Churchill)

Winston Churchill, en el curso de una vida de película, contribuyó de forma decisiva a la configuración de la sociedad internacional del siglo XX, así como fue estandarte del pensamiento conservador y de la batalla cultural contra las ideologías totalitarias del nazismo y del comunismo.

Desde la experiencia personal, forjada como teniente de húsares en los campos de batalla de Cuba, India, Sudán, Pretoria y en Europa como teniente coronel durante la Primera Guerra Mundial, conocía bien los horrores de la guerra. De hecho, fue un brillante columnista al respecto de los conflictos en los que tomaba parte, para el periódico *The Daily Telegraph* y otros medios. También reflejó sus experiencias en diversos libros, donde ponía de manifiesto amplios conocimientos de logística militar y una brillante capacidad literaria.

No obstante rechazar la guerra, no supone para Churchill, rehuir el combate cuando la causa es justa o amedrentarse ante poderosos y agresivos enemigos. Ni tampoco suponía dejar de prepararse para la guerra, esto es construir un ejército con el poder suficiente para disuadir a los enemigos de atacarte y de emerger con fuerza decisiva si es necesario. Así lo intentó cuando fue Primer Lord del Almirantazgo entre 1911 y 1914. Buena parte de sus peticiones para modernizar y rearmar la Marina Británica, fueron desoídas y en parte explican determinados fracasos bélicos del Reino Unido en la Primera Guerra Mundial, particularmente la Batalla de Galípoli en 1915, que le costó su dimisión del cargo ese mismo año.

Lejos de amilanarse, volvió al campo de batalla entre los años de 1915 y 1917. A partir de este año, se volcará de forma definitiva en la política, donde ocupará diversos cargos de enorme responsabilidad, de los cuáles cabe destacar su desempeño como primer ministro del Reino Unido desde 1940 hasta 1945 y una segunda etapa en el cargo desde 1951 hasta 1955. Antes de ser nombrado para su primer mandato, fue de los primeros y de los pocos que detectaron lo equivocado de las políticas de apaciguamiento que se practicaban frente al nacionalsocialismo por parte de las potencias europeas. Durante el ascenso de esta ideología y la puesta en marcha de su agresiva política exterior, Francia y Reino Unido durmieron. Ambos, hicieron buena la máxima de los procesos de apaciguamiento, hacer concesiones para contentar a un actor particularmente agresivo, con la (ingenua) esperanza de que cada concesión será la última. En palabras del propio Churchill, «un apaciguador, es aquel que alimenta a un cocodrilo, creyendo que le comerá el último». Nadie le prestó atención y el primer ministro británico Chamberlain, firmó para su eterna vergüenza, junto a Francia, Italia y la Alemania nazi, los Acuerdos de Múnich, de 30 de septiembre de 1938, por el cual se cedía la provincia checoslovaca de los Sudetes a Alemania. Será entonces cuando Churchill, pronunciará una de su citas más famosas y demoledoramente ciertas, dirigida al Chamberlain, primer ministro conservador de Gran Bretaña: «Le fue dada la elección entre deshonor y guerra. Usted eligió deshonor y ahora tendrá la guerra».

Nada más cierto, rendirse ante el mal o la mentira no es una opción. Todas aquellas consecuencias que se quieran evitar, todos los sacrificios y los costes que se deseen ahorrar terminarán produciéndose multiplicados «N» veces, donde «N» es el tiempo que tarde en reaccionar ante la falacia del apaciguamiento. Hitler debería haber sido detenido mucho antes de 1939. Todo lo que se quiso evitar, a costa del sufrimiento de otros, para ahorrarse el propio, se obtuvo multiplicado hasta el paroxismo.

Mientras Petain doblaba la rodilla y se convertía en un engranaje de la maquinaria nazi, Churchill, pronunciaba dos de sus discursos más míticos, «Sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor» y «Lucharemos en las playas».

Cuando sustituyó a Chamberlain, manifestó: «No tengo más que ofrecer que sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor... Hacer la guerra contra una tiranía monstruosa». Unas palabras que a buen seguro inspiraron recientemente a Javier Milei, salvando las diferencias de entorno, cuando, al tomar posesión de la Presidencia argentina, prometió trabajar sin descanso por la prosperidad y contra la cleptocracia de la casta política, pero anticipaba tiempos duros, recalcando una inescapable verdad, «no hay plata». Lo bueno y lo bello saldrán del esfuerzo, no de palabras y gestos huecos. ¿Acaso le sirvió de algo al Reino Unido el gesto patético de Chamberlain, ondeando el Acuerdo de Múnich, a su llegada a Inglaterra?

Y cuando todo parecía perdido, Churchill apeló al orgullo, al patriotismo y a los verdaderos intereses nacionales, cuando el 4 de mayo de 1940, arengaba así a su población y a todos aquellos que quisieran desterrar el mal: «Llegaremos hasta el final, defenderemos nuestra isla, cualquiera que sea el costo, lucharemos en las playas, lucharemos en las pistas de aterrizaje, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas, ¡nunca nos rendiremos!».

Y así fue, finalmente el nazismo fue derrotado y otra amenaza igualmente malvada emergió tras la Segunda Guerra Mundial: el comunismo. Otro peligro contra el cual advirtió Churchill, cuando alertaba en tales términos el 5 de marzo de 1940: «Sin embargo, es mi obligación, porque estoy seguro que desean que les diga las cosas como las veo, exponerles algunos hechos sobre la posición actual de Europa. Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente una cortina de hierro». Al terminar esta alocución, fue catalogado como reaccionario y belicista y acusado de ignorar el esfuerzo de guerra soviético. Tener sentido común y señalar el fatídico destino de quienes padecerían desde entonces el yugo soviético, le valió el desprecio de liberales y socialistas. La historia

se repite, hoy en día, quienes defienden su patria y el sentido común, la libertad, la vida y la propiedad, reciben el calificativo de extrema derecha, expresado como un mantra vacío que sólo encuentra eco, por estar apoyado de forma ciega (y recompensada) por medios de comunicación postrados ante agendas siniestras.

El camino después de la victoria en la Segunda Guerra Mundial, no iba a ser fácil para Churchill. Perdió las elecciones por dos veces, en 1945 y en 1950. No huyó, quedó como líder de la oposición, dotó de contenido al Partido Conservador y volvió a ganar las elecciones en 1951 desde la trinchera de sus valores. Será primer ministro hasta el año 1955. En este lapso, obtendrá un mérito injustamente desconocido, ganará el Premio Nobel de Literatura en 1953, reconociéndolo como uno de los escritores más destacados del siglo XX, particularmente en lengua inglesa. Una curiosidad, escribió en 1939 un ensayo científico sobre la posibilidad de vida extraterrestre: *¿Estamos solos en el universo?*.

Abandonó la política por motivos de salud en 1955, y falleció en enero de 1965, dejando un inmenso legado como conservador, hombre de Estado y escritor. Durante toda su vida cabalgó mientras otros ladraban.

Lo narrado nos lleva a las grandes lecciones de Churchill: no dejar de tener valores, porque entonces tendrás precio. No abandonar tu patria a su suerte, porque sólo los ricos pueden permitirse el lujo de no tener patria. Y claro, combatir por las causas bellas, porque si lo haces te acompañarán los dioses fuertes. Puedes perder, pero nunca dejar de combatir... sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas, recordad.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura